

DESPACITO Y BUENA LETRA

Antonio
Montero



Examinar al profesor

La evaluación del profesorado es una asignatura pendiente. Como marco, las más de las veces se expresa en altos preceptos normativos a los que cuesta poner desarrollo. Ciertamente, es complejo establecer los modos de llevarla a cabo y, sobre todo, asociarla con los resultados que obtienen los alumnos o derivar efectos de la misma. De manera principal, importa que la cultura de la evaluación, el rendimiento de cuentas, la implicación y preocupación por los logros formen parte natural, que no impuesta, del desarrollo profesional. Y esa cultura no sólo aplica la evaluación a las prácticas docentes, sino que otros ámbitos del sistema educativo, tales como la dirección, los centros, la inspección y la propia Administración, no pueden sustraerse de ella. Puestos en el ejercicio docente, tal encaje cultural resulta difícil cuando no se cuenta con experiencias de evaluación y de retorno de información una vez aplicada. En el Informe Talis (2009), de la OCDE, Italia y España son los países en que mayor número de profesores, en torno a la mitad, declara no

haber sido evaluado. Es más, tres cuartas partes de los profesores de todos los países incluidos en el informe manifiestan que el aumento de la calidad de su trabajo no recibía ningún tipo de reconocimiento e incluso que no sería así si fueran más innovadores en su enseñanza. A su vez, decisiones de asumir la evaluación de la docencia, como las tomadas hace pocos años en Ecuador, Portugal o Dinamarca, han encontrado el rechazo de los profesionales y la oposición de los sindicatos. Pero toma fuerza una evidencia: en la carrera profesional no se avanza sólo con el paso de los años y su refrendo de trienios o sexenios, sino que la calidad del trabajo ha de hacer que avance más rápido y obtenga estímulos y reconocimientos quien evidencie mejores desempeños. En tal caso, los incentivos económicos —excepción hecha de sistemas con precarias retribuciones o alto absentismo del profesorado— no siempre conducen a mejores logros; y de la misma manera que no pueden asociarse directamente los bajos rendimientos del alumnado a las prácticas docentes, tampoco cabe separar por completo la evaluación de los profesores de los resultados que obtienen los alumnos. Porque, al cabo, uno de los principales efectos de la evaluación es el de describir la realidad, identificar propuestas de mejora y facilitar los apoyos necesarios.